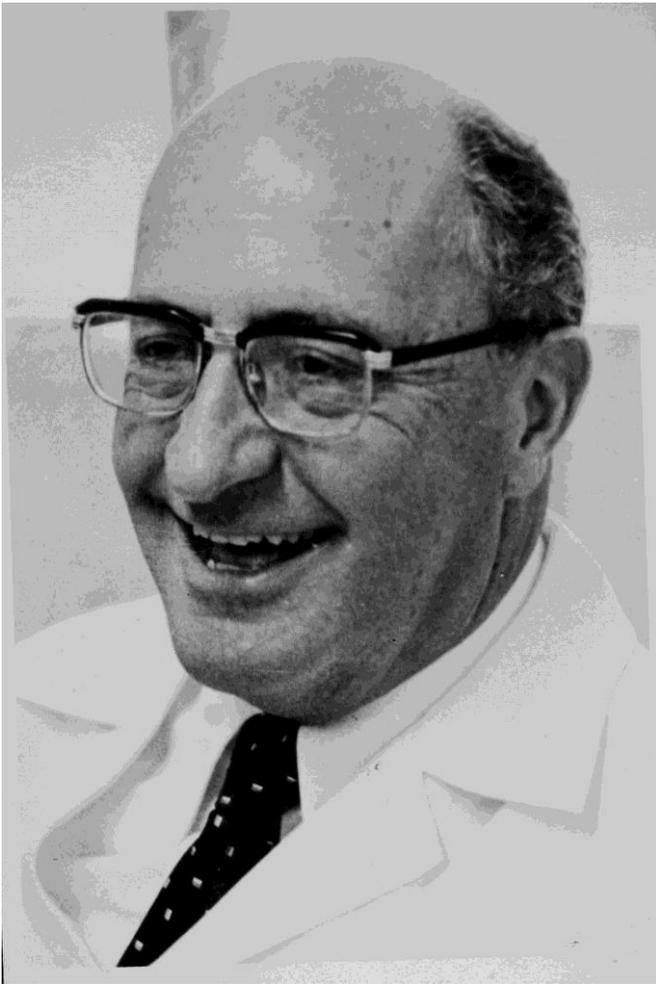


# Carta a un político

Héctor Abad Gómez



**Héctor Abad Gómez**

Tu éxito en política se lo debes a dos cualidades muy importantes: la malicia indígena y el silencio. Cuando hablas bajo la influencia del alcohol cometes errores, pero nunca he podido saber, ni creo que nadie a tu alrededor sabe, para dónde vas o qué es lo que verdaderamente piensas. Fuera de buscar el poder, el poder porque sí. No sé si estas

cualidades te llevarán muy lejos. Creo que no. Me parece que has llegado hasta donde podrías llegar. Te hacen falta otras cualidades que creo más importantes para el triunfo final: honestidad mental, estudio, amor al país. He meditado bastante sobre la política y los políticos. Y hasta ahora he llegado a las siguientes conclusiones: la política es la actividad más importante y, potencialmente, la más buena o más mala que pueda emprender un hombre. La política, así como aquellas otras actividades con las cuales se obtiene un éxito personal —el arte o la ciencia, por ejemplo— es emprendida por personas que no están totalmente satisfechas consigo mismas. La política atrae a los mejores y a los peores hombres y mujeres de cada comunidad. La política tiene que ser una actividad de tiempo completo. Los políticos, como grupo tienen, en general, más defectos que cualidades, comparados con otros grupos humanos. La amistad no existe entre los políticos.

La lucha por el poder es la más despiadada de todas las actividades. Parecería curioso que una persona que se considera a sí misma como un educador, como yo, se haya internado en los terrenos de la política. Las potencialidades de hacer el bien a un mayor número de gentes

es lo que me ha impulsado a ello. Pero encuentro, entre las actividades políticas y las educativas, las más grandes diferencias. El educador tiene que estar buscando las cualidades de sus alumnos y olvidando sus defectos para tratar de ayudarlos. El político está, por el contrario, en constante búsqueda de los defectos de sus rivales, para poder vencerlos. El educador tiene que entregarse totalmente a los demás; el político se cuida de los demás. El educador vive y termina su vida, generalmente, en paz y en tranquilidad consigo mismo; el político vive y termina su vida en agitación, y dentro de los mayores contrastes de éxito y fracaso. En general, derrotado y vencido, más odiado que admirado. La vida del educador es tranquila y llena de satisfacciones; la vida del político es agitada y llena de contrariedades.

¿Cómo se puede cambiar, entonces, la una por la otra? No hay explicación distinta a la de un básico masoquismo psicológico. Al deseo de castigarse a uno mismo. Supongo que todo político cree que, mandando él, las cosas serán mejores para sí y para los demás. La sensación de poder, de poder decidir, es una sensación muy agradable. El político goza con ser respetado, y aun con ser odiado. Hace los más grandes sacrificios y llega hasta las mayores bajezas para alcanzar su meta, que es el poder. Pero la política no es sólo la actividad de los políticos. Hay “política” en todas las actividades humanas. Los hermanos pelean en su casa para ver cuál es el que más

influye en sus padres. Los esposos pelean para ver cuál es el que más influye en sus hijos. En una escuela los profesores son rivales para ver cual es el que más influye en sus alumnos. En todas las empresas, públicas o privadas, hay siempre una lucha por el poder, por el que pueda llegar más arriba, a las posiciones de más alto nivel. Los curas pelean entre sí para ver cuál puede llegar a ser obispo. Los obispos, para ver quién puede llegar a ser cardenal. Los cardenales rivalizan a ver cuál puede llegar a ser el Papa.

En todas las actividades humanas —en una u otra forma— hay lucha política, es decir, lucha por el poder. Y parece que esto se deriva de una característica animal constante: la lucha por la jerarquía; la lucha por ubicarse en el lugar de mayor importancia o poder que se observa en algunos grupos animales. El picking order del que hablan los investigadores de la conducta animal, es decir, la lucha para alcanzar el lugar del pollo que pica a todos los demás y no es picado por ningún otro; el segundo, es decir, el que apenas es picado por el primero, pero que puede picar a los otros, y así sucesivamente, hasta el último que es picado por todos y no tiene a nadie a quién picar. La política es, pues, una lucha completamente animal. Mientras más cercano se esté al animal, más éxito se tendrá en política. De allí que se hable, con toda propiedad, del “animal político”.

Una vez que se entra en la lucha política, ninguna otra cosa importa, fuera de llegar al tope, a ser el más alto, a ser al que nadie pica. La lucha política es comparable a la lucha de la selva. Allí se encuentran toda clase de fieras y de animales salvajes. Desde los reptiles venenosos hasta los más nobles leones. Pero todos con una sola obsesión, el ocupar el primer puesto entre ellos. En esta última categoría, la de los reptiles, creo que estás tú. Eres de los que la gente llama, “un político frío”. Frío como los reptiles. Es explicable que los hombres, que venimos evolutivamente de todas las especies anteriores, a veces tengamos las características de cualquiera de ellas. Unos son blandos, sinuosos y amorfos como la ameba. Otros son arrastrados, peligrosos y venenosos como los reptiles; otros son cálidos y valientes como los gallos de pelea, o se levantan a grandes alturas como las águilas; otros son astutos y traicioneros como los felinos; otros son poderosos e inteligentes como el león. Los que tratamos de ser simplemente humanos, perdemos en esta lucha de animales. Por eso, repito, la política no parece tener ética. El que la toma como una actividad de servicio, como actividad de una persona decente, está perdido en ella. Esta parece ser la verdad en todas las ocasiones, en todas las épocas y en todos los lugares.

La gente, a veces, envidia a los políticos. Creo que, por el contrario, debería compadecerlos. La ambición de poder y de gloria es la más

corruptora de todas. Los políticos no son hombres felices. Son hombres amargados y frustrados, la gran mayoría. Porque muy pocos son los que pueden llegar al tope. Y, mientras más arriba llegan, más grandes son las luchas y más duras las amarguras. Cuando el poder se toma como una ocasión de servicio, el poder es amable. El que ha gustado algún poder, alguna vez, nunca pierde ocasión de buscarlo de nuevo. Esta parece ser parte de la naturaleza humano-animal que todos compartimos. Espero, sin embargo, no volver a encontrarme contigo. Hay satisfacciones más grandes en la vida que la del poder. La satisfacción de servir, por ejemplo, aunque no se pueda servir a muchos sino a unos pocos seres humanos. Y la mayor satisfacción se obtiene cuando uno puede concentrarse a servir apenas a otro ser humano. Es decir, cuando se logra el amor. Los políticos no han sido nunca seres amorosos. Pueden haber sido grandes amantes, en el sentido de haber tenido grandes pasiones sexuales, pero nunca han podido querer, amar, en el sentido humano de la palabra; ni querer con constancia, con permanencia, a un solo ser humano. El político es despiadado porque le falta amor. Y a quien le falta amor es el ser más desgraciado de la tierra.

La única cura para el político, como para todos los demás males humanos, es el amor. Pero ese ya será otro capítulo. Por ahora bástenos decir que la política, como

aspiración al poder, es apenas un espejismo, un engaño, para aquellos que no han podido sentir el amor.

*\* Héctor Abad Gómez (Jericó, Antioquia 1921-Medellín, Antioquia 1987). Médico salubrista, educador, escritor y político. Su ejercicio profesional y su lucha política se caracterizaron por la defensa de la salud pública, de la educación y de la democracia. Sus principales obras son: Algunas consideraciones sobre salud pública en el departamento de Antioquia; Nociones de salud pública; Pasado, presente y futuro de la salud pública; Visión del mundo; Manual de poliatria: el proceso de los problemas colombiano; Cartas desde Asia; Caracterización del desarrollo científico en Colombia y su relación con la Salud Pública; Relaciones profesores-estudiantes en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia; Un programa de salud para Colombia; Teoría práctica de la salud pública; Currículo vitae: Héctor Abad Gómez y Manual de tolerancia. La carta aquí incluida hace parte de su obra Cartas desde Asia, de próxima reedición.*